

# Como la sabiduna se esparcio por el mundo



En Camerún existen grandes músicos que cuentan sus historias en francés, inglés y varias de las 230 lenguas africanas del país, acompañadas de música y baile.



**CAMERÚN**





**E**n Camerún vivía en tiempos remotos, un hombre llamado Padre Ananzi que poseía toda la sabiduría del mundo.

La fama de su sabiduría se había extendido por todo el país, hasta los más apartados rincones, y todos acudían a para pedirle consejo y aprender de él. Pero aquellas gentes comenzaron a comportarse mal entre sí y Ananzi se enfadó con ellos. Entonces pensó en la manera de castigarlos.

Tras largas y profundas meditaciones decidió privarles de la sabiduría, escondiéndola en un lugar tan hondo e insospechado que nadie pudiera encontrarla.

Pero él ya había compartido sus consejos y éstos contenían parte de la sabiduría que, por tanto, debía recuperar. Y lo consiguió, metiendo todos sus secretos en una jarra.

Tras ello, buscó un lugar donde esconder la Jarra de la Sabiduría, y se dispuso a llevar hasta allí su preciado tesoro.

Pero, Padre Ananzi tenía un hijo muy listo, se llamaba Kweku Tsjin. Cuando este vio a su padre andar tan misteriosamente y con tanta cautela de un lado a otro con su jarra, pensó para sus adentros:



## Como la sabiduna se esparcio por el mundo

— ¡Cosa de gran importancia debe ser esa que esconde!

Y tan listo como era, se propuso vigilar lo que Padre Ananzi se proponía.

Como suponía, lo oyó muy temprano por la mañana, cuando se levantaba. Mientras Ananzi se alejaba rápida y sigilosamente, Kweku se dispuso a seguir a su padre, con la precaución de que no se diera cuenta de ello.

Ananzi atravesó el poblado; era tan de mañana que todo el mundo dormía aún. Luego se internó profundamente en el bosque y cuando llegó a un macizo de palmeras altas como el cielo, buscó la más esbelta de todas y empezó a trepar con la Jarra de la Sabiduría que llevaba atada sobre su cabeza.

Indudablemente, quería esconder el Jarro de la Sabiduría en lo más alto de la copa del árbol, donde seguramente nadie acudiría a buscarlo.

El jarro que contenía toda la sabiduría del mundo, no hacía más que tambalearse. La ascensión se le estaba haciendo muy complicada.

Kweku Tsjin, que desde su puesto de observatorio se moría de curiosidad, ya no podía distinguir a su padre y empezó a gritarle:

— Padre, ¿por qué no llevas colgado a la espalda ese jarro preciado? ¡Subir así, con el jarro en la cabeza, te va a ser imposible!







Apenas había oído Ananzi estas palabras, se inclinó para mirar a la tierra que tenía a sus pies.

— Escucha — gritó a todo pulmón— yo creía haber metido toda la sabiduría del mundo en este jarro, y ahora descubro que mi propio hijo me da una lección de sabiduría.

¡Yo no me había dado cuenta de que la mejor manera de subir este jarro sin problema y con comodidad hasta la copa de este árbol es colgándolo a la espalda!

Su decepción era tan grande que, con todas sus fuerzas, tiró el Jarro de la Sabiduría todo lo lejos que pudo. El jarro chocó contra una piedra y se rompió en mil pedazos.

Y como es de suponer, toda la sabiduría del mundo que allí dentro estaba encerrada se derramó, esparciéndose por todos los lugares de la tierra.